

P/"REVISTA TEOLÓGICA"
Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Es. Ps. 19

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilético Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

| | Página |
|---|--------|
| La relación entre la doctrina y obra universal de la Iglesia | 1 |
| Estudio Exegético | 12 |
| La Ordenación..... | 18 |
| Bosquejos para Sermones..... | 29 |

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

A ñ o 6

Primer Trimestre - 1959

Número 21

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 21

Primer Trimestre - 1959

Año 6

LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Trabajo presentado por el prof. E. C. Kieszling (Northwestern College, Watertown, Wis., U.S.A.) ante la Asamblea de la Conferencia Evangélica Luterana en Lakewood, Ohio, U.S.A.

En su célebre obra "La Ciudad de Dios" San Agustín habla de tres clases distintas de vida: la contemplativa, la activa, y la vida compuesta, que es la suma de las otras dos. La vida contemplativa, la vida de los sabios, es, en esencia, la búsqueda de la Verdad; y la vida activa se identifica con el fiel cumplimiento del deber. Esta división agustiniana se puede aplicar también al tema que ahora trataremos: la Verdad es aquí la doctrina pura, y el cumplimiento del deber es la obra de la Iglesia que abarca el orbe entero. Mas si se mancomunan doctrina pura y obra de alcance universal —cosa imprescindible para que resulte la vida compuesta, íntegra—, se originarán ciertas tensiones; y estas tensiones deben ser tenidas bien en cuenta, puesto que son la raíz de todos nuestros problemas.

Imitando la división de San Agustín, hemos dividido este trabajo en tres partes. En la primera se tratará lo que él llama la vida contemplativa o "científica": la búsqueda de la verdad, el celo por la doctrina pura, la vida de aquel que se entrega al estudio por el estudio mismo, sin cuidarse de la aplicación práctica de su objeto de estudio. Será nuestra tarea subrayar las excelencias así como también los peligros de la vida contemplativa, y corroborar nuestras afirmaciones con pruebas de la historia eclesiástica y profana. En la segunda parte hablaremos de las ventajas de la vida activa, de la obra universal de la Iglesia en todos sus aspectos, pero demostraremos al mismo tiempo que la vida activa puede extralimitarse y así fracasar. También para esto adu-

ciremos las pruebas pertinentes. En la tercera parte enfocaremos algunas de las tensiones que no tardan en producirse cuando la Iglesia mancomuna sus dos cometidos, a saber: permanecer en unión continua con la divina fuente de su vigor, y cumplir al mismo tiempo con sus deberes sociales; conservar la pureza de la doctrina, pero desempeñar también su obra misional en todo el ancho de la tierra; mantener dirigida su vista hacia la luz celestial, y no obstante ser al propio tiempo la luz del mundo.

PARTE PRIMERA

La Vida Contemplativa

Hace más o menos un siglo, el más tarde cardenal Juan Enrique Newman abrazó el catolicismo; poco después su nueva Iglesia lo nombró rector de la Universidad Católica de Dublín, de reciente creación entonces. Como en la Universidad de Oxford Newman había recibido una excelente educación, era amante de la vida contemplativa. Para él, la Universidad era un lugar al cual se acude para reunir conocimientos por amor al saber, no con miras a la utilidad práctica. Comenzó pues sin demora a transformar la Universidad de Dublín según sus propios ideales, introduciendo cursos de lenguas antiguas, filosofía, ciencias y teología, que en su concepto era la reina de todas las ciencias. Pero bien pronto tuvo que darse cuenta de que tendría que defender su opinión contra dos serios adversarios.

Eran éstos, por una parte, los utilitarios, que no veían provecho alguno en una educación tan poco "práctica" como la que Newman propugnaba. Ellos exigían que en la Universidad se ofreciesen exclusivamente cursos profesionales. El otro bando lo formaban hombres adictos a la Iglesia, muy susceptibles, casi se diría santurriones, los cuales, instigados por sus sacerdotes, despotricaban contra un saber adquirido por el solo amor al saber. Según ellos, había que dejar a un lado materias tales como ciencias, filosofía, literatura y lenguas antiguas, y había que ocuparse en asuntos religiosos, ante todo en asuntos religiosos de índole práctica que podían ser empleados para afianzar la primacía de la Iglesia.

En respuesta a tales objeciones, Newman escribió una serie de artículos sobre el tema: "Alcance y naturaleza de la educación

universitaria"; en estos artículos se afirma que la cuestión de mayor importancia en la educación superior ha de ser el empeño en hallar la verdad, y no los resultados inmediatos y palpables. Con esto la discusión llegó a su desenlace, desfavorable para los defensores de la vida contemplativa, pues al poco tiempo Newman dimitió de su cargo. Pero a la larga, lo que él había dicho fué respetado más y más; y es lo siguiente: Si la teología, en lugar de ser cultivada como ciencia, quedase limitada a los fines del púlpito, o si fuese presentada mediante el Catecismo únicamente, no perdería en nada su utilidad, ni su carácter divino, ni su mérito, sino aquella característica peculiar que yo ilustro: pues la teología, ejercida de este modo, no es un mero saber, sino antes bien un arte o una ocupación que hace uso de la teología.

Y lo que vale de la "teología por amor a la teología", vale lo mismo de cualquier otra disciplina, sea filosofía, literatura, idiomas, historia o ciencias. Sin embargo, cabe aquí la pregunta: Si hemos estudiado estas materias de un modo meramente contemplativo, sin relación con el mundo práctico, ¿de qué pueden servirnos? ¿no tienen ningún resultado práctico? Sí que lo tienen, responde Newman. Si nos entregamos a ejercicios físicos, fomentamos nuestra salud corporal; y si, en el terreno de lo moral, nos esforzamos por andar según los preceptos divinos, obtenemos virtud; o aplicando esto al terreno de lo intelectual: si nos ponemos a meditar en el saber por el saber mismo, obtendremos una ampliación o iluminación del intelecto. Esa ampliación es producto genuino de la educación, y es a la larga lo más práctico que existe sobre la tierra. Es el hombre de intelecto amplio, "ensanchado", quien mejor entiende las cosas, y quien fija las normas para el hombre práctico.

En el mundo de las ciencias son los Newton y los Einstein los que hacen posibles los productos de los inventores, si bien los laureles de la gloria son tributados mayormente a los inventores, y no a quienes les abrieron el camino. Por cada persona que conoce el nombre del eminente físico norteamericano J. Willard Gibbs hay diez mil que conocen el nombre de Tomás Alva Edison.

La Importancia del Estudio

En el reino de Dios fueron los apóstoles y los grandes pensadores de la Iglesia los que nos dieron nuestra teología, nues-

tras doctrinas. No cabe duda de que estos hombres poseían también un gran sentido práctico; pero su profundo conocimiento lo adquirieron mediante el estudio. Un San Pablo no pasó "consultando con carne y sangre" los tres años que siguieron a su conversión; un Lutero sostuvo una ardua lucha de diez años consigo mismo para llegar a un entendimiento más claro. Cuando los doce discípulos y los cientos y miles escucharon el Sermón del Monte de Jesús, o cuando los apóstoles y otros con ellos escucharon los últimos discursos del Maestro, ¿habrán considerado en estas horas los problemas prácticos del trabajo misional? Difícilmente. En aquellas horas benditas se concentraron en la contemplación de los tesoros de la gracia divina. Olvidaron el mundo con sus problemas, y meditaron en las cuestiones supremas de la existencia, en muerte y eternidad, y veían a Jesús cómo fué transfigurado ante sus ojos. De estas conversaciones y contemplaciones extraerían luego la fuerza y el entendimiento necesarios para poder llevar su mensaje al mundo. Sin tales profundas meditaciones quizá habrían sido incapaces de desempeñar tan magna tarea. "¿Por qué no pudimos nosotros echarle fuera?" preguntaron los discípulos que habían permanecido al pie del Monte de la Transfiguración. "Este género no sale sino en virtud de oración y ayuno" les respondió el Señor. ¿No podríamos decir también: "sino en virtud de contemplación y estudio"?

Los hombres de hoy día, que no podemos ver a Jesús cara a cara, acudimos a las Sagradas Escrituras para obtener iluminación y ampliación de nuestro entendimiento; y acudimos también al gran Libro de la naturaleza y la historia, en el cual Dios también se nos revela. ¿Tendremos la osadía de querer fijar un límite a las horas y los años destinados a tal estudio? La actitud del cristiano será siempre la actitud de María, quien al escuchar el mensaje del Maestro olvidaba por completo las cosas "prácticas" como cocinar, amasar y otros quehaceres domésticos, también el atender a los huéspedes. Sería muy poco indicado imitar el ejemplo de María e impacientarse ante el serio estudio de las obras milagrosas de Dios. Y sin embargo se pueden oír opiniones como esta: Vivimos en un mundo práctico. No podemos permitirnos el lujo de que nuestros estudiantes tengan la cabeza metida en las nubes, y las narices en los libros. La Iglesia tiene mucho trabajo que hacer. Los campos ya están blancos para la siega. Lo que nos hace falta son más institutos bíblicos y semo-

narios prácticos. Debemos poner más énfasis en el cómo que en el qué o el por qué. ¿Acaso el qué y el por qué no nos fué legado por los padres de nuestra Iglesia? Aceptémoslo, y basta. Pero lo más importante en nuestro mundo moderno es la eficiencia.

A esta objeción quisiera responder lo siguiente: Nada de lo que nos legaron nuestros padres será jamás propiedad nuestra — a menos que nos lo apropiemos mediante un estudio intenso. Excepción hecha de casos de extrema necesidad, los servidores de la Iglesia no deberían permitir nunca que las urgencias del campo misional entren en conflicto con su trabajo de preparación. Ya 2.000 años atrás los campos estaban blancos para la siega. Lo están todavía, y seguirán estándolo cuando para nuestros jóvenes obreros haya llegado el momento de ingresar en el trabajo activo. Mi anciano pastor solía referir el caso de uno de sus compañeros de estudio, el cual estuvo a punto de perder la paciencia durante los "largos años de seminario" y no veía en tan anhelado día de entrar en el ministerio. "Debo trabajar, debo trabajar" decía una y otra vez. Otro profesor cuenta de un estudiante metodista que en cada examen hacía el intento de convertir los exámenes en una especie de acto devocional, en cuyo transcurso, en lugar de contestar preguntas, se daría testimonio de fe. En ambos casos, la vida práctica había ganado un dominio absoluto sobre la vida contemplativa, de estudio. Ejemplo de lo contrario es la afirmación de cierto Lord Elton: "Estimo como una de las grandes glorias de la Universidad de Oxford su capacidad de ofrecer una educación completamente "inútil" al no poner todo el énfasis en la eficiencia técnica."

Hacer lo uno sin desatender lo otro

¡Apreciemos en nuestra Iglesia, en nuestras escuelas primarias y secundarias, en la vida diaria apreciemos altamente el estudio de la Palabra de Dios por el estudio mismo! ¡No deploramos nunca las muchas horas gastadas en estudiar materias de índole cultural que coadyuvan a la ampliación del entendimiento! Incluimos aquí los idiomas, en especial los originales de las Sagradas Escrituras, esa "vainita portadora de la espada del Espíritu", como muy bien lo expresó Lutero. Los idiomas son las herramientas imprescindibles para la exégesis, es decir, para establecer el significado exacto del Texto Sagrado. Sin los idiomas,

los rollos de Isaías hallados en el Mar Rojo serían para nosotros nada más que enigmas insondables. Esto no obstante, sería un error afirmar sin más ni más que los más profundos conocedores del griego y hebreo son también los más grandes teólogos. San Agustín sabía poco de griego, y nada de hebreo; Tomás de Aquino desconocía ambas lenguas; sin embargo, los dos fueron excelentes teólogos. Y hasta hay otras disciplinas de no menor importancia: la historia, que presenta ante nuestra vista el drama de los humanos desvelos y errores; la literatura, que revela los instintos creadores del hombre y su mundo de ideas; la filosofía, que crea formas y conceptos hasta para la misma teología; y el arte que brinda a nuestra mente y sentidos deleite y solaz.

Entiéndaseme bien: con todo esto no quiero decir que no debamos tener buenos cursos prácticos "um iherer selbst willen" (por los cursos mismos), p. ej. en administración, publicidad, asesoramiento, homilética y otras materias prácticas. Cristo mismo dictó a sus discípulos un curso tal (véase Mat. 10). Es a todas luces preferible formar un buen predicador que un mediocre hebraísta. La palabra de Cristo respecto de hacer lo uno (lo contemplativo) sin desatender lo otro (lo práctico) rige también en estas cuestiones.

Lo que dijimos respecto del aprender, se aplica en la misma medida a las grandes experiencias de la vida cristiana, p. ej. al arrepentimiento.

Podemos considerar el arrepentimiento desde el punto de vista utilitario: arrepentíos, de lo contrario no recibiréis perdón de pecados. Arrepentíos, de lo contrario os irá mal. Arrepentíos, de lo contrario Dios azotará el país con guerra y otras plagas. Arrepentíos, de lo contrario se producirán desagradables consecuencias para vuestra vida, vuestra civilización, vuestra Iglesia. — Con esto no se quiere negar que el arrepentirse trae sus buenos frutos para la vida de la sociedad; pero se quiere decir con ello que un arrepentimiento cuyo móvil son dichos frutos, no es el arrepentimiento correcto. El arrepentimiento genuino consiste en un cambio tital de la mente y nace del pesar por los pecados y del amor hacia Dios.

"Hacer lo uno sin desatender lo otro", esto rige también para la aplicación de ley y Evangelio en la santificación. En la tesis 23 de su libro "La Correcta División de Ley y Evangelio" el Dr. C. E. W. Walther escribe lo siguiente: "La Palabra de

Dios no es dividida correctamente si mediante las exigencias, amenazas o promesas de la ley se trata de mover a los no regenerados a que desistan de sus pecados y hagan buenas obras, y se trata así de convertirlos en hombres piadosos; y si por otra parte se trata de emplear el rigor de la ley en lugar del consejo evangélico para instar a los regenerados a hacer el bien."

Un utilitario diría aquí: "Esto suena demasiado a sutilezas de un santo alejado de las realidades. En el trabajo parroquial práctico, en la recolección de fondos para fines misionales etc., más de una vez hay que ejercer cierta presión, hay que hacer uso de la ley, hay que predicar alguna que otra invectiva también. Y si esto da buenos resultados, ¿a qué tanta preocupación por los móviles?" — Fué precisamente ese modo de pensar lo que con el correr de los años originó las vergonzosas prácticas que en tiempos de Lutero mancillaban a la Iglesia.

La Teología es la Reina

Estamos, por lo tanto, sobre un fundamento firme, si en nuestra Iglesia colocamos por encima de todo una sana teología. En efecto, en nuestras asambleas sinodales se acentuaba siempre el estudio de la Palabra divina y la pureza de la doctrina, mientras que los frutos prácticos y útiles figuraban en segundo plano. De no ser así, seguramente habríamos "suavizado" a menudo algunas doctrinas que sonaban ásperamente en oídos de no-luteranos. Lutero nos indicó el camino a seguir al declarar que la instrucción en la doctrina pura es mucho más importante que la instrucción en la moral, por cuanto la doctrina determina la moral.

La Posición de nuestros Padres

Los mismos orígenes de nuestros sínodos contribuyeron en gran manera al hecho de que nosotros demos a la doctrina el sitio de privilegio. Muchos de nuestros padres, quizá los más de ellos, llegaron a América precisamente por disensiones doctrinales. En Sajonia, los regentes se habían plegado al racionalismo y trataban de sofocar el luteranismo. En Prusia, el rey Federico Guillermo III intentaba fusionar las Iglesias luteranas y reformadas. En nuestro país (los EE. UU.), donde no se concede

mayor importancia a la doctrina y donde las más diversas denominaciones despliegan gran actividad en realizar obra misional y hacer prosélitos, muchos inmigrantes luteranos habrían perdido sus características de luteranos si no se hubiese puesto tanto énfasis en la pureza de doctrina. El Sínodo de Misuri marcó rumbos en este sentido y ejerció una fuerte influencia sobre otros sínodos del Medio Oeste, en especial sobre los que más tarde constituirían la Conferencia Sinodal Evangélica Luterana. Estos sínodos, después de haberse ocupado por cierto tiempo primordialmente en juntar miembros, comenzaron también por su parte a evidenciar un marcado interés en el confesionalismo y a hacer sus contribuciones para el mismo; las disciplinas tendientes a ampliar el intelecto recibieron atención siempre creciente. Con todo esto, era de suponer que había quedado conjurado el peligro de que en nuestro medio la vida contemplativa pudiese llegar a mostrar signos de degeneración. Era de suponer; pero... Hasta una Iglesia que se enorgullece legítimamente de conservar pura la doctrina, errará el blanco en la ejecución de su noble obra si convierte tal pureza de doctrina en su objeto final (Endzweck). Una cosa es exaltar la doctrina por amor a la doctrina; otra cosa muy distinta es abcer de ella el objeto final mismo.

La Prueba de la Historia

Como prueba para lo que acabamos de decir tenemos la historia de Israel, aquel gran pueblo que fué el depositario de la Palabra del Señor, y que conservó inalterada esta Palabra por espacio de más de dos milenios. Las masas irreflexivas en Israel se mostraron a menudo infieles, indignas de su misión. Su apostasía y perfidia nos hace olvidar a veces el hecho de que los fieles conservaron de una manera tan ejemplar el tesoro que les había sido confiado. Estos fieles eran santos hombres de Dios que hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo, y que produjeron de este modo así el Antiguo Testamento como el Nuevo. La tremenda lucha de Israel por mantener pura su raza y su religión absorbió sus fuerzas tan completamente que no le restaron ningunas para hacer obra misional en el Mundo Antiguo.

Una Mirada al Antiguo Testamento

Como ilustración para lo antedicho sirva Nehemías, un lego. Cuando éste visitó por segunda vez a Jerusalén, encontró

allí un desorden tan bochornoso que se vió obligado a tomar unas cuantas medidas drásticas: Echó a Tobías del templo, fijó a los levitas un salario digno, exigió una observación más estricta del sábado, y contendió con aquellos de los judíos que habían tomado costumbres — y mujeres — extranjeras, los abofeteó, les arrancó el cabello y los hizo jurar que en adelante no permitirían más matrimonios mixtos. Después ajustó cuentas con los extranjeros y los expulsó de la ciudad. (Nehem. 13) Poca semejanza tiene este proceder con la "vida contemplativa"; pero todo se hizo por amor a la doctrina pura.

Los profetas Malaquías e Isaías p. ej. alzaron su voz contra los casamientos con extranjeros y contra la indiferencia en la santificación del sábado y en la entrega del diezmo. Pero su gloria es que estuvieron por encima del rígido nacionalismo y que veían en la herencia de Israel no una exclusividad para el pueblo judío, sino La Buena Nueva para todas las naciones. Los sacerdotes en cambio y los escribas tenían un espíritu más nacionalista. Jamás se hicieron culpables de unionismo. Se enfrascaron en el estudio de la ley mosaica y escribieron comentarios que más tarde constituyeron el Talmud. Pero perdieron la visión del conjunto que los profetas poseían, por ende sus esfuerzos no contribuyeron a la iluminación o ampliación del intelecto. Eran conservadores empedernidos, de mentalidad rígida y farisaica. La pureza de su religión debería haber sido el medio para conducirlos a Cristo, "el ayo para traerlos a Cristo" (Gál. 3:24). Ellos empero hicieron de esa pureza el objeto final, se vanagloriaban de su propia justicia y de sus prerrogativas como linaje de Abrahán, en lugar de humillarse y de aceptar al Mesías cuyo advenimiento ellos mismos habían anunciado. Y cuando el Mesías vino al fin, no lo conocieron. Terrible ironía de la historia: el que esconde en la tierra el talento recibido, lo pierde. San Pablo expresa el mismo pensamiento con las siguientes palabras: "Si yo tuviere el don de profecía, y supiere todos los misterios, y toda la ciencia... mas no tuviere amor, nada soy" (1 Cor. 13:2).

Con todas las nobles cualidades que estos hombres tenían, carecían sin embargo de amabilidad y compasión para con los demás. Los escribas y fariseos estaban enredados en sus propias doctrinas; estaban encadenados con aquello que debería haberlos liberado. Les pasó lo que hasta el día de hoy pasa a todos los

que son como ellos. Y por ese su carácter obstinado y orgulloso fueron criticados y castigados por Jesús más duramente que cualquier otro hombre. Ellos, que conocían a la perfección la letra de la ley, pero que con su corazón y su vida estaban tan alejados de la verdad.

Ideales no son más que medios para un fin

Podemos ver en esto una seria advertencia para aquellos que quieren ocuparse exclusivamente en conservar pura la doctrina. La ortodoxia y el confesionalismo son preciosos ideales que no queremos vender por nada del mundo. Pero también hemos de tener buen cuidado de no hacer de ellos el objeto final en sí. Antes bien, deben ser el medio para aquel fin que está por encima de todos los demás fines, es decir, el ganar almas para Cristo. ¡Huyamos el pecado de la vanagloria, de la dureza de corazón, del creernos monopolistas de la ortodoxia, pecados en que el Maligno trata de hacer caer a quienes aprecian la pureza de la doctrina! El liberalismo teológico imperante al comienzo del siglo XX poco nos afectó a nosotros los luteranos, pero precisamente nuestra posición aislada era también una seria desventaja para nosotros: el peligro de mirar a otros cristianos y a otros sínodos luteranos desdeñosamente, con esa arrogancia del que se sabe en una posición correcta y firme, ese peligro era no pequeño. La ortodoxia puede ser funesta si le falta amor, condescendencia y longanimidad.

Otros Peligros

Hay otros peligros más para quienes aman la vida contemplativa. Pensemos en la posición encumbrada que escaló la teología alemana del siglo XIX y XX. Estudiantes de todos los continentes se congregaron a los pies de profesores alemanes. Aun durante los terribles años de guerra aparecieron en Alemania más obras excelentes de teología que en toda América. En varios aspectos los alemanes nos aventajaron en 50 ó 100 años. Algunos de sus mejores libros, escritos hace años, pero traducidos recientemente, siguen siendo los mejores de su género. Pero en su orgullosa sabiduría humana, los teólogos germanos abandonaron a menudo el seguro fondeadero de la fe tradicional. Y lo que es peor, perdieron también el contacto con su propia gente. La vida

congregacional decayó; la participación en los cultos y en la Santa Cena disminuyó en forma alarmante. Las estadísticas pusieron de manifiesto que en algunos lugares la participación anual en la Santa Cena era de sólo 25 por cada 100 feligreses, mientras que en la Iglesia Católica el promedio alcanzaba a 1.300 por cada 100. La teología alemana, con todo lo excelente que es, ha llegado a ser un ejercicio de intelectuales.

Existe también el peligro opuesto, en nuestro país más evidente que en cualquier otra parte, a saber, que la teología llegue a ser un ejercicio de no intelectuales. Cabe mencionar a ese respecto a los fanáticos religiosos (*die religiösen Schwärme*) que quieren pasar por predicadores o sanadores y que siempre parecen ganar adeptos, sea porque saben entretener a sus oyentes de una manera tan amena, sea porque los aterrorizan con pronósticos espeluznantes en cuanto al cercano derrumbe del Universo. Su credo — si es que tienen un credo definido y concreto — suele ser una mezcolansa de afirmaciones para cuya comprobación se citan a menudo textos bíblicos que nada tienen que ver con el asunto.

Estos peligros no son los únicos. Algunos de nosotros se inclinan hacia el individualismo y van por su propio camino. Otros se enamoran de problemas teológicos secundarios o de la pompa litúrgica de otras Iglesias y se empeñan en introducir tales cosas en su propia Iglesia. Bien pronto surge de ahí un movimiento que trabaja con conventículos, memoriales y hasta manifiestos, de modo que una parte de la Iglesia, como alguien observó, está en camino hacia el "reavivamiento", el romanismo o el pietismo. En todo caso se muestran aquí y allá corrientes que se apartan del luteranismo.

Tales y similares peligros amenazan a aquellos que se interesan primordialmente en la pureza de la teología y doctrina; pero estos peligros en nada menoscaban la nobleza y necesidad de la vida contemplativa.

El año pasado se inició por parte de varios sínodos un programa de evangelización (PTR) con el objeto de ganar almas para el reino de Dios. Dicho programa se dirigía casi exclusivamente a la vida crística activa; pero el tercer punto del programa mencionado: ganar a otras personas mediante el Evangelio, podría considerarse como perteneciente a la vida contemplativa. Según ese punto tercero, debemos dirigir nuestro ser hacia el In-

finito, debemos tratar de alcanzar a Dios y la piedad, debemos sentarnos a los pies de Jesús y meditar sobre la profundidad de las riquezas, así de la sabiduría como de la ciencia de Dios. ¡Quiera la Iglesia de Cristo tener en constante aprecio estas sublimes ocupaciones de la vida contemplativa!

ESTUDIO EXEGETICO - PRACTICO de 1. Cor. 1.

(Continuación)

Vers. 4-9 "Doy siempre gracias a mi Dios, acerca de vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús; por cuanto en todo habéis sido enriquecidos en él, en todo don de palabra, y en toda ciencia; así como el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros; de manera que no sois inferiores a las demás iglesias en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por medio de quien habéis sido llamados a la comunión de Jesucristo nuestro Señor."

"Doy siempre gracias a mi Dios", leemos en primer término. Con un sincero y profundo agradecimiento dirigido a Dios comienza el apóstol su escrito propiamente, agradecimiento que luego, en el versículo 10, enfrenta con una seria amonestación hacia la unión. También en otras epístolas del apóstol observamos esa modalidad, aunque aquí resulta sorprendente. Muchas cosas había en los corintios que merecían la reprensión apostólica: en realidad allí había tantos males que no hubiese sorprendido que por esta vez el apóstol callase su agradecimiento. Pero tal situación negativa no es, sin embargo, obstáculo para que el apóstol viese y reconociese debidamente lo que había de bueno. Por otra parte, no agradece el apóstol por algo que hubiesen realizado los corintios, sino que agradece por los múltiples dones de gracia que les había comunicado el Dios misericordioso.

Constatamos aquí una advertencia magistral para nuestra vida en la comunidad cristiana. Los pastores, oficiales y los feligreses en general tienen la encomendación, de parte de Dios, de